***Время секонд хэнд:***

 **La novela polifónica de Svetlana Aleksiévich**

La literatura vive expandiéndose sobre la no-literatura. Pero la forma artística realiza un peculiar rapto de las sabinas. El material deja de reconocer a su dueño. Está elaborado por medio de las leyes del arte y ya puede ser percibido fuera de su procedencia.

***Víktor Shklovski – La tercera fábrica.***

 Svetlana Aleksiévich es una coleccionista de historias; su habilidad para saber escuchar y su capacidad de selección la convierten en una editora de la memoria colectiva; en una tejedora de voces. Con habilidad artesanal trenza relatos orales que hablan sobre la intimidad de la historia; historia de una época desaparecida que aun prevalece en el testimonio de sus contemporáneos. Casi una etnógrafa, recolecta fragmentos, restos; residuos culturales: remanentes de aquello que alguna vez dio en llamarse la civilización soviética.

 Es la historia de una derrota. Como escribió Shalámov en sus cuadernos de notas: “Fui parte de una gran batalla perdida en favor de una genuina renovación de la existencia” (citado por Aleksiévich 2015: 9).

 *El fin del Homo sovieticus,* como fue traducido al castellano su original en ruso *Время секонд хэнд* (Tiempo de segunda mano) del año 2013 recolecta testimonios a lo largo de los últimos 25 años en toda la extensión de la antigua Unión Soviética. En un arco que va de 1991 hasta la actualidad, la autora intenta captar ese sentimiento de pérdida que significó la desaparición de una experiencia vital; al mismo tiempo que busca exponer críticamente el estado actual de la política en la Rusia de Putin, y en su Bielorusia natal presidida por el gobierno dictatorial de Alexandr Lukashenko. Al igual que su compatriota, Ryszard Kapuscinski, Aleksiévich, realiza una crítica desde adentro. Para ello exhibe rigurosoamente su ADN soviético. La autora fue octubrista, pionera y miembro del Komsomol. No obstante, existe un quiebre en esa identidad soviética que se sostiene, con ciertas reservas, hasta la desclasificación de los archivos; momento en que, asegura, ya no se pudo seguir alegando inocencia. Es por eso que elige titular el prólogo al libro con el nombre de: *Apuntes de una cómplice*.

 Aleksiévich se propone así escribir la historia “doméstica del socialismo”; busca encontrar un lenguaje para una historia que todavía, dice, no ha encontrado su forma apropiada en la cultura. Esta búsqueda es, por otra parte, una exploración hacia las profundidades del alma rusa.

La civilización soviética…. Me apresuro a dejar testimonio de sus huellas. De esos rostros que conozco tan bien. No hago preguntas sobre el socialismo, sino sobre el amor, los celos, la infancia, la vejez, o sobre la música, los bailes, los peinados, sobre infinidad de detalles de una vida que ha desaparecido. Ésa es la única forma de mostrar, de adivinar algo, inscribiendo la catástrofe en un contexto familiar. Nunca deja de sorprenderme lo apasionante que puede ser una vida humana cualquiera. O la infinidad de verdades que esgrimen los hombres, cada uno la suya. A la historia sólo parecen preocuparles los hechos, las emociones quedan siempre marginadas, no se les da cabida en la historia. Pero yo observo el mundo con ojos de escritora, no de historiadora. Y siento una gran fascinación por el ser humano. (Aleksiévich, 2015: 14)

Aleksiévich vuelve así, inevitablemente, sobre Dostoievski, tal vez su más grande influencia, y al dilema entre libertad y sufrimiento. Como Dostoievski, Aleksiévich busca un realismo superior una “literatura superior” capaz de “Найти в человеке человека” (encontrar en el hombre al hombre)[[1]](#footnote-1).

А человеком быть очень трудно – не героем, а просто человеком. Может быть, только в последние минуты перед смертью или в часы любви у человека получается быть самим собой и он похож на Божий замысел. Вот такого потрясенного человека я всегда ищу. Ему есть что рассказать. Это мой герой[[2]](#footnote-2). (Aleksiévich, 1997: 29)

 Sus textos combinan periodismo y literatura y han sido catalogados por la crítica como “novelas polifónicas”; otros los consideran documentos. La autora prefiere calificar su trabajo como “*романы голосов*” (novelas de voces) un entramado de escritura colectiva o mosaico de memorias que conforman lo que Klévnikov definía como “la música del tiempo”.

 Sus libros se centran en los episodios que precipitaron la caída de la Unión Soviética: Chernóbil, la guerra de Afganistán, la Perestroika y conforman lo que Aleksiévich dio en llamar la “*энциклопедия красной жизни*” (Enciclopedia de la vida roja)

 *El fin del Homo sovieticus* concluye esta serie. La novela es el réquiem de una gran utopía a través de las voces de los hombres y mujeres que la vivieron y la soñaron. Es la voz del pasado reciente, el retrato hablado de su generación; también un auto-retrato presente de las ironías de la historia. “Compartíamos una misma casa en el memoria” escribe Aleksiévich y es que no existía para el hombre colectivo de esa época una posibilidad de pensarse como individuo fuera del ideal, ni de la historia comunal.

El comunismo se propuso la insensatez de transformar al hombre “antiguo”, al viejo Adán. Y lo consiguió. Tal vez fuera su único logro. En setenta y pocos años, el laboratorio del marxismo-leninismo creó un singular tipo de hombre: el *Homo sovieticus.* Algunos consideran que se trata de un personaje trágico; otros lo llaman sencillamente *sovok* (pobre soviet anticuado). Tengo la impresión de conocer bien a ese género de hombre. Hemos pasado muchos años viviendo juntos, codo con codo. Ese hombre soy yo. (p. 9)

Este hombre soviético, tiene su propio léxico, su propia concepción del bien y del mal, sus héroes y mártires; como así también una compleja y contradictoria relación con el pasado, presente y futuro de su país: con la vida y la muerte.

En los testimonios que recojo aparecen constantemente palabras y expresiones que hieren el oído: *disparar, fusilar, liquidar, mandar al paredón,* y otras que constituyen las variantes soviéticas de la desaparición: *arresto, diez años de condena sin derecho a correspondencia, emigración.* ¿Qué valor puede tener la vida humana, si llevamos grabado en nuestra memoria que millones de personas morían hace muy pocos años? Estamos llenos de odio y de prejuicios. Los hemos heredado del Gulag y la guerra horrible que libramos. De la colectivización, la eliminación de los kulaks, las deportaciones de pueblos enteros…(p. 10)

En los años que siguieron inmediatamente a la disolución de la URSS, recuerda Aleksiévich, “todos se sentían víctimas pero nadie se consideraba cómplice”. En los años 90 se respiraba un sentimiento de libertad y de confianza en el futuro; pero también de traición. “Se criticaba a Yeltsin por haber traicionado a Rusia y a Gorbachov por haberlo traicionado todo, el siglo XX entero”(p. 14) . Sin embargo, se creía que un cambio era posible.

 Tristemente, la perestroika fue, para los rusos, otra oportunidad desaprovechada. Al igual que durante la época de la Revolución, la vertiginosidad de los hechos se llevó puesto los anhelos tan largamente deseados. “Querría escribir que veo cómo rompen el pasado usando los relámpagos como palancas” (Shklovski, 2012: 189) escribió en su momento Víktor Shklovski sobre la Revolución de octubre. En el ocaso de este largo experimento, el aturdimiento y la conmoción pronto dio paso a la nostalgia, la vergüenza y una vez más la desilusión:

¡Por fin la libertad! ¿Es ésta la libertad que anhelábamos? Estábamos dispuestos a morir por nuestros ideales, a combatir por ellos. Y de repente nos vimos convertidos en personajes de Chéjov. Nos vimos despojados de nuestro pasado. Todos los valores colapsaron, menos los valores de la vida. De la vida sin más. Los nuevos sueños consistían en construir una casa, comprarse un buen coche, plantar un grosellero en el jardín… La libertad resultó ser la rehabilitación de los sueños pequeñoburgueses que solíamos despreciar en Rusia. La libertad de sus majestad el Consumo. (p. 15)

En las décadas posteriores la diferencia entre quienes habían nacido durante la URSS y los que lo hicieron después evidenciaría distancias insalvables como si fueran realidades de planetas distintos. Aleksiévich hace colisionar estos mundos distantes donde fanatismo y apatía conviven y las víctimas y los verdugos, disidentes y comunistas convencidos se entremezclan y confunden. Para eso la autora interviene varios géneros menores; cruza entrevistas con cartas, confesiones y memorias; notas de suicidas y comentarios: girones de escritura testimonial dialogan con los gritos en el calor de las mítines y manifestaciones políticas en oposición a la corrupción del gobierno de Putin. Por momentos es el rumor de la calle; la retórica combativa en medio de las barricadas, pero también los susurros temerosos al calor de las cocinas familiares. El tiempo parece apelmazarse y conspirar contra cualquier idea de progresión. Magistralmente, Aleksiévich recrea en algunos pasajes del libro ese espacio íntimo de las cocinas soviéticas como espacios de catarsis, de verdaderas “sesiones de psicoterapia en grupo” sustituto del salón decimonónico donde la crítica al poder era posible.

En el siglo XIX la cultura rusa nacía en las haciendas de los nobles; en el siglo XX, en las cocinas. También la perestroika nació en las cocinas. La generación de 1960 es la generación de las cocinas. ¡Gracias a Jruschov! Fue durante su gobierno cuando los soviéticos abandonamos los apartamentos comunales y pudimos por fin tener cocinas propias en las que criticar al poder sin temor, porque a nuestras cocinas sólo accedían los nuestros (p. 24)

Pero quién es concretamente este *sovok.* Aleksiévich divide a los soviéticos en cuatro generaciones: la de Stalin, la de Jruschov, la de Brézhnev y la de Gorbachov. Cada una de estas etapas, verdaderas capas geológicas con su deshielo incluido, representa una fractura; una separación entre padres e hijos. A la era del terror estalinista le siguió la etapa “vegetariana” (como fue bautizada por Anna Ajmatova) posterior a la desestalinización. Aleksiévich pertenece a esta última etapa cuando ya era moneda corriente que “el pathos de la utopía” jamás cobraría vida. El comunismo había perdido el aura de romanticismo de los primeros años y la sangre vertida por el ideal había quedado en el olvido. Aleksiévich así recuerda las discusiones con su padre:

Papá y yo tuvimos pocas conversaciones en las que nos sinceráramos y habláramos sin tapujos. Me compadecía ¿Y no lo compadecía yo a él? Me cuesta responder a esa pregunta… Éramos inclementes con nuestros padres. Nos parecía que la libertad era algo sencillo. Pero no pasaría mucho tiempo antes de que nos abrumara su peso, porque nadie nos había enseñado a vivir en libertad. Sólo nos habían enseñado a morir por ella. (p. 15)

Una vez más volvemos a Dostoievski y a la dialéctica negativa de la libertad. Como escribió Vasili Grossman: “Rusia había visto muchas cosas en mil años de historia (…) La única cosa que Rusia no había visto en mil años era la libertad” (Grossman, 2010: 72).

 Cierta visión irónica de la historia sugiere que existe un significado racional en los procesos históricos, aunque el hombre, como participante, nunca llega a ser totalmente capaz de captarlo. Los aparentes absurdos son parte de lo que Hegel llamaba “lo taimado de la razón”. La historia tiene sentido, aunque nuestra comprensión de ésta suele llegar demasiado tarde. La historia está sujeta a discontinuidades; y el hombre no está del todo indefenso frente a la ironía de la historia sólo si llega a darse cuenta de ésta y evita tapar las incongruencias con explicaciones absolutas.

 La interpretación dialéctica materialista de la lucha de clases como “el álgebra de la revolución”[[3]](#footnote-3) sirvió para encubrir lo que de otra forma podría ser interpretado como caos, desborde, o simplemente como un montón de los más absurdos errores[[4]](#footnote-4). En palabras de Dostoievski; el hombre teme el peso doloroso de la libertad y elije entregarlo en pos de un orden obligatorio de la vida. La infalibilidad del Estado, escribió Grossman, no sólo “oprimía al individuo, sino que también lo protegía y lo consolaba de su debilidad: justificaba su nulidad” (p. 41). Asumía como el Gran Inquisidor de Dostoievski la responsabilidad y lo liberaba de la quimera de la libertad.

 En el fondo de esta negación de la libertad encontramos la afirmación de una libertad arbitraria. Es la profecía genial de Shigaliov: “Partiendo de la libertad ilimitada, llego al despotismo ilimitado”. Dostoievski siempre creyó que tanto el socialismo revolucionario como la democracia, basándose en una idea de igualdad absoluta, llegarían, en sus extremos, a la tiranía de un pequeño número de gente sobre el resto.

 Si observamos el panorama actual, asegura Aleksiévich, podemos notar que la relación de los rusos con la democracia ha probado ser problemática: “La democracia era un animal salvaje que nunca habíamos visto de cerca” (p. 27) En pocos años, la Nomeklatura soviética mutó para convertirse en oligarcas con títulos de propiedad. Una vez más en Rusia la historia ha probado ser despiadadamente irónica.

A mí la perestroika sólo me gustó al principio. Si alguien nos hubiera dicho entonces que un coronel del KGB acabaría ocupando el puesto del presidente del país…(…)

- En Rusia la palabra *democracia* da risa. No hay chiste más breve entre nosotros que pronunciar la frase: “Putin es un demócrata” (p.393)

En la actualidad, afirma Aleksiévich, el “presidente goza de un poder semejante al de los secretarios generales del Partido en tiempos soviéticos, un poder absoluto. Y el lugar del marxismo-leninismo lo ocupa ahora la doctrina de la Iglesia ortodoxa rusa…(p. 20)

 Para parafrasear a Marx; hoy en Rusia la historia se repite: con curiosas variaciones. Frente a un nuevo desengaño y una desilusión con el capitalismo global algunas ideas están volviendo. Todo lo soviético parece estar de moda, pero no con el paso ideológico de antaño; sino en versión light: un coctel cultural licuado por el mercado. Escribe Aleksiévich:

 Una fuerte nostalgia de la Unión Soviética se ha ido extendiendo por toda la sociedad. El culto a Stalin ha vuelto. La mitad de los jóvenes entre diecinueve y treinta años considera que Stalin fue “un gran dirigente político” ¡El país donde Stalin mató a tantas personas como Hitler ve resurgir ahora un nuevo culto a su figura! Todo lo soviético vuelve a estar de moda. Las cafeterías “soviéticas”, por ejemplo, donde tanto los establecimientos como los platos que en ellos se sirven llevan nombres soviéticos. Han aparecido bombones “soviéticos” y embutidos “soviéticos” con el olor y el sabor que conocemos desde la infancia. Y, naturalmente, ha vuelto el vodka “soviético”. Hay decenas de programas televisivos y portales en internet dedicados a alimentar la nostalgia de los tiempos soviéticos. Los campos de trabajo de Stalin en Solovski y Magadán se han convertido en destinos turísticos. El anuncio de la empresa que organiza los viajes promete que a cada turista se le proporcionará un uniforme de preso y un pico para garantizarle así una experiencia llena de sensaciones genuinas. También podrán visitar los barracones reformados. Para concluir el viaje, todos los turistas se irán juntos de pesca…(p. 19)

Como en el resto del mundo, en Rusia, la existencia se ha diversificado y está condicionada al antojo de los deseos; son tiempos de modernidad líquida (Bauman) la verdad está descentralizada y es privada y cambiante; la libertad es la normalidad y lo normal es querer tener los bolsillos llenos para cumplir los deseos. Estas nuevas realidades determinan la metáfora que da nombre al libro en el original en ruso. Rusia es como un gran mercado de segunda mano donde los “recuerdos del totalitarismo” se mezclan en la mesa de ofertas con la nueva abundancia y circulación de mercaderías importadas de Occidente. “El mal supremo se transformó en una leyenda distante”, dice Aleksiévich, “en un *thriller* político” (p. 25). Los ideales se han depreciado y están en saldo; los sufrimientos del pasado se han relativizado “No nos metáis miedo con vuestro socialismo” dicen los jóvenes: una vez más la fractura generacional es incapaz de generar cualquier tipo de acuerdo o un mínimo entendimiento.

 En los capítulos introductorios a cada una de las dos partes que tiene el libro Aleksiévich entrelaza voces que se despliegan en el rango de una década (1991 – 2001) y (2002 a 2012) respectivamente. A diferencia de otros capítulos donde los entrevistados tienen nombre y apellido, en este apartado las voces, que parecen estar hablando entre sí, ya que son introducidas por líneas de diálogos, son anónimas y atraviesan espacios contrapuestos; de ahí que el capítulo se titule: “el rumor de la calle y las conversaciones en la cocina”. La presencia e interacción simultánea de diversas autorías, lenguajes, puntos de vista, visiones del mundo y voces sociales e históricas conforman un mismo discurso. Un híbrido disonante que hace colisionar el pasado, el presente y el futuro. De este collage dialógico surge una vez más la imagen del mercado, donde todo se mezcla y se exhibe en indolente contigüidad.

-¿Qué sentido tiene discutir con los *sovki*? Habrá que esperar a que se mueran y entonces lo haremos todo a nuestra manera. Lo primero, sacar la momia de Lenin del Mausoleo y echarla al basurero. ¡Qué señal de atraso asiático esa momia que parece pesar sobre nosotros como una maldición! (p. 391)

-Yo crecí en una familia de disidentes… En la cocina de una familia de disidentes (…) Para nosotros, el comunismo era sinónimo del terror rojo, del Gulag. De las celdas. Pensábamos que ya estaba muerto y bien muerto. Han pasado veinte años desde entonces y ahora entro a la habitación de mi hijo y veo que tiene *El capital* en la mesilla de noche y *Mi vida*, las memorias de Trotski, en el estante…¡No doy crédito! ¿Ha vuelto Marx? ¿Qué pesadilla es ésta? ¿Acaso estoy soñando? (…) No hemos sabido inculcarles nada. Toda ha sido en vano. (p. 392)

- En Rusia parece que sí hubiera capitalismo, pero faltan capitalistas. (…) Los oligarcas rusos no son genuinos capitalistas: ¡son un puñado de ladrones! Pensadlo un instante: ¿qué capitalistas pueden salir de los viejos comunistas y los miembros del Komsomol? (p. 396)

- La única salida que nos queda es el retorno al socialismo, pero a un socialismo inspirado en la religión ortodoxa. Rusia no puede vivir sin la fe en Jesucristo. Los rusos no hemos visto nunca la felicidad en la riqueza. He ahí lo que diferencia la “idea rusa” del “sueño americano” (p. 393)

Hay que rezar y no andar por ahí manifestándose, porque es evidente que Putin es un enviado de Dios…(p. 406)

Yo soy una persona de izquierdas ya estoy seguro de que nada se consigue por medios pacíficos. ¡Tengo sed de sangre! En Rusia, todas las grandes empresas han requerido que se derrame sangre. ¿Qué por qué acudo a las manifestaciones? Pues porque espero el día en que vayamos a tomar el Kremlin. Esto va en serio. Ya basta de manifestarse y desgañitarse. ¡Debimos tomar el Kremlin hace tiempo! ¡Que alguien dé por fin la orden de armarnos de picos y rastrillos! La estoy esperando (p. 403)

**Bibliografía:**

Aleksiévich, Svetlana. (2015). *El fin del Homo sovieticus.* Barcelona: Acantilado.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_(1997). *Чернобыльская молитва.* Москва: Остожье.

Berdiaev, Nicolás. (1978). *El espíritu de Dostoievski.* Buenos Aires: Lohlé

Billington, James H. (2011). *El ícono y el hacha. Una historia interpretetiva de la cultura rusa.* Madrid: Siglo XXI.

Buck-Morss, Susan. (2004) *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste.* Madrid: Machado Libros S.A.

Dostoievski, Fiodor. (1982) *Obras Completas Vol. III.* Madrid: Aguilar

Grossman, Vasili. (2010) *Todo fluye.* Buenos Aires: De Bolsillo.

Shklovski, Víktor. (2012) *La tercera fábrica – Érase una vez.* Buenos Aires: FCE.

Stalin, Joseph. (1947) *Cuestiones del Leninismo.* Buenos Aires: Problemas.

Trotsky, León. (2015) *Literatura y Revolución.* Buenos Aires: RyR

*V*.V.A.A. (1997) *Rusia y Occidente.* Madrid: Tecnos.

1. “Con completo realismo, buscar en el hombre al hombre. Este es un rasgo absolutamente ruso, y en este sentido soy ya naturalmente pueblo (ya que mi orientacion responde a la hondura del espíritu cristiano del pueblo), no obstante ser desconocido para el actual pueblo ruso… En el futuro ya me conocerá. Me llaman psicólogo. Eso no es exacto. Sólo soy un realista en el sentido superior, es decir, que muestro todas las honduras del alma humana.” (Dostoievski, 1982: 1626) [↑](#footnote-ref-1)
2. “ Es muy difícil ser un hombre, no un héroe, sino solo un hombre. Quizás, solo en los últimos momentos antes de la muerte o en la hora del amor, un hombre llega a ser él mismo y así parecerse al plan de Dios para él. Siempre estoy buscando una persona conmovida en este sentido. Alguien que tenga algo que contar. Este es mi héroe".(mi traducción) [↑](#footnote-ref-2)
3. “Herzen dijo que la teoría de Hegel es el álgebra de la revolución. Esta definición puede ser aplicada con mayor derecho aun al marxismo. La dialéctica materialista de la lucha de clases constituye el auténtico álgebra de la revolución. En la arena observable a simple vista hay caos, desborde, amorfia y falta de límites. Pero este caos está calculado y medido. Sus etapas están previstas. Las leyes que regulan la alternancia de estas etapas están anticipadas y contenidas en fórmulas de acero. En el caos elemental hay mucha ceguera. Pero en la política dirigente hay visión y vigilancia. La estrategia revolucionaria no es amorfa como los elementos, sino perfecta como una fórmula matemática. Por primera vez en la historia vemos el álgebra de la revolucion en acción.” (Trotsky, 2015: 271-272) [↑](#footnote-ref-3)
4. “Es evidente que, sin abordar desde este punto de vista histórico (el materialismo dialéctico) los fenómenos sociales, no podrían existir ni desarrollarse la ciencia de la historia, puesto que este modo de abordar los fenómenos es el único que impide a la ciencia histórica convertirse en un caos de sucesos fortuitos y en un montón de los más absurdos errores.” (Stalin, 1947: 752) [↑](#footnote-ref-4)